

OPINIÓN

LA PIZARRA

TRIBUNA

Pensamiento artístico

PIO MACEDA

Cuando vemos una buena película no pensamos que se trate de un adorno sino de un poderoso medio de expresión. Las personas somos sentimientos, razonamiento y carácter. El pensamiento artístico se relaciona directamente con las emociones y, por tanto, expresa lo humano de manera complementaria a la filosofía o la ciencia. Es un aspecto que la educación no puede descuidar.

Recientemente tuve ocasión de asombrarme cuando acudimos con los alumnos al Taller para Colegios del Museo Thyssen; cómo no iba a sorprenderme viendo cómo unos jóvenes expertos en arte consiguieron que niños y niñas de 11 años aprendieran a mirar un cuadro (treinta minutos estuvieron comentando detalles del «Joven caballero» de Carpaccio y otros tantos dedicaron un par de obras modernas de Derain y Max Ernst). El trabajo complementario que realizaron en el Taller fue otro estímulo para que estos niños y niñas tuvieran una impresión positiva de lo que puede ser un museo. Era evidente la satisfacción con la que ensayaban texturas utilizando materiales diferentes; no por imitarse, dejaban de ser personales en lo que expresaban.

«Lo verdaderamente necesario es saber acercar a los niños a la pintura, que puede educar su sensibilidad, como la música o el cine»

Es muy importante que experiencias similares se realicen en muchas ciudades. No se necesita contar con un gran museo. Lo verdaderamente necesario es saber acercar a los niños a la pintura, que puede educar su sensibilidad como la música o el cine; hacerles sentir la convulsión que provoca el arte, intensa aunque diferente de las sensaciones que provoca la belleza natural.

Esta aproximación debiera empezar pronto; de hecho la educación infantil, la mejor adaptada a las necesidades del desarrollo, da gran importancia a los contenidos artísticos. Por fortuna también se va siendo conscientes de su interés en Primaria y Secundaria. En nuestra cultura el arte es, si cabe, más necesario para compensar la excesiva especialización del trabajo.

Formación: un camino cortado

JUAN CARLOS LÓPEZ / MAESTRO

¿Qué grupos de docentes son potencialmente formables? Podríamos distinguir 4 grupos claramente diferenciados. Por un lado, «los docentes noveles», que se incorporan por primera vez al aula (provisionales e interinos). Este grupo va a necesitar y en muchos casos demandar formación sobre todo (la disciplina en el aula, motivación del alumno, relaciones con los padres, organización del trabajo en clase, atención a la diversidad... en definitiva, sobre la programación real del aula) ya que la formación inicial que seguimos recibiendo de la Universidad sigue siendo bastante deficiente y alejada de la realidad. Estos docentes necesitan una formación que les vaya sirviendo de guía durante los primeros años de ejercicio.

El segundo grupo estaría muy ligado al citado anteriormente, y se trata de un colectivo que está surgiendo en los últimos años debido a la movilidad funcional. Estoy refiriéndome a los «nuevos habilitados» (habilitados en Educación Infantil, Educación Física, Inglés, Tecnología...) Los docentes aquí incluidos no siempre tendrán una motivación intrínseca hacia la formación, pero la presión de la práctica diaria les crea una necesidad de formación para adaptarse a su nueva situación o, en su defecto, serán «carne de depresión». No olvidemos que en muchos casos tienen características similares a los docentes noveles, ya que el proceso de habilitación, en la mayoría de los casos no capacita.

El tercer grupo que demanda formación es el grupo de «docentes innovadores», con inquietudes educativas, que tienen un continuo deseo de mejorar su práctica docente, de compartir experiencias educativas. Éstos necesitan una formación que les permita progresar y seguir reflexionando sobre la práctica docente y, en muchos casos, necesitan canales para difundir la producción de sus propios materiales que puedan ser de utilidad para el resto de la comunidad educativa. En esta ocasión serán grupos de trabajo, seminarios y debates de docentes las opciones más oportunas.

Finalmente, encontramos el grupo más numeroso de docentes, que sí necesitaría formación y reciclaje, y en muchos casos de manera urgente, pero que «no tiene motivación alguna hacia la formación» e incluso para su profesión. Se trata de ese grupo que en los últimos años pasaba por los CPRs a firmar para que se les expidiese su correspondiente certificado y a veces incluso iban a «dormitar». En este grupo también podemos incluir aquellos que han pasado por los CPRs y su experiencia no ha sido muy satisfactoria. Aquí se encuentran muchos de los que piensan que ser maestro o profesor sería maravilloso si no hubiese que impartir clase, y aquellos en los que el cúmulo de despropósito burocrático ha ejercido un devastador efecto desmotivador. Para este grupo será la Administración educativa la que deberá articular medidas motivadoras, lejos de los sexenios, que no han hecho más que trasladar a estos «malos estudiantes» que no desean formación a los CPRs.

¿Sobre qué necesitamos formación? Éste sería otro aspecto para reflexionar. Obviamente necesitamos formación sobre todo lo que mejore la calidad de la enseñanza y haga funcionar mejor los centros (aunque esto dependerá del grupo en el que se encuentre el profesorado).

De forma genérica estaríamos hablando de: -Organización y dinamización de los órganos colegiados y de coordinación (claustros, comisiones de coordinación, reuniones de departamentos, coordinaciones de ciclos, que en muchas oca-

siones son tediosas sesiones informativas, o discusiones de intereses personales).

-Necesitamos formación sobre nuevas experiencias metodológicas, sobre organización de aulas internivelares (cada vez son más los centros -y no sólo en áreas rurales- que cuentan en una misma aula con varios niveles).

-Sería conveniente formar sobre didácticas en las cuales no somos verdaderos especialistas y carecemos de suficiente formación. Me estoy refiriendo a los profesores de Matemáticas o Lengua o Sociales que hoy son maestros generalistas, y que, aun siendo de Matemáticas, tienen que impartir Lengua o viceversa, aparte de tener conocimientos en Expresión Artística.

-En algunos casos se necesita formación de ajuste a ciclos inferiores. Es el caso de los docentes que impartían en ciclo superior de EGB y ahora tienen que enseñar a leer en 1º de Primaria.

-Necesitamos formación de los problemas disciplinarios y organizativos que van surgiendo en la ESO. En definitiva, se requiere una formación que ayude a los docentes a adaptarse a las nuevas situaciones que se están produciendo con la evolución educativa.

Desde luego deberíamos desligar la formación de los documentos prescriptivos elaborados en maratónicos periodos de tiempo, que tanto han desprestigiado el trabajo de los asesores de formación.

¿Cómo debería ser la formación? Evidentemente, predicando con el ejemplo y, para ello, debería ser el primer momento de aplicación de los principios metodológicos incluidos en la LOGSE. Debería ser una formación que tenga en cuenta la motivación del profesorado, que parta de los conocimientos previos de los docentes, (incluso desde el diseño de la oferta formativa), que atienda a la diversidad (ojo por lo tanto a la formación en centros de igual forma a profesorado con distinto nivel formativo), que parta del principio de actividad en el aprendizaje, que sea funcional y útil, que en la mayoría de las sesiones de formación el docente se «lleve algo en la cartera» de aplicación instantánea en su aula o centro educativo, que parta de un enfoque globalizador. No se puede exigir a los docentes la aplicación de unos principios metodológicos que no apliquen los ponentes ni los asesores de formación. Para ello será preciso cuidar mucho la selección tanto de uno como de otros.

¿Cuáles serían las modalidades más adecuadas? Dependerán del grupo del que hablemos, pero, en cualquier caso, jornadas, cursos «cortos», con aplicación práctica y seguimiento. Formación sobre la práctica (qué mejor formación sobre un ciclo que en una de sus sesiones de coordinación).

No olvidemos aprender de los propios docentes, para lo cual serían de gran utilidad los debates de profesores en torno a temas prácticos.

Otra forma de aprender de los propios profesionales son las visitas a centros o aulas que trabajen de una forma innovadora, donde se pueda ver *in situ* otras formas de trabajo.

De gran utilidad son las exposiciones de material didáctico que acompañan a las jornadas en las que se muestre su aprovechamiento en el aula, aparte de las ya citadas de grupos de trabajo, seminarios de formación, investigación-acción.

¿Cuándo debería ser la formación? Desde luego no debería ser en sesiones de 2 y 3 horas a partir de las 6 de la tarde después de una jornada laboral. Todos conocemos la curva de rendimiento y sabemos que no es lo mejor 3 horas seguidas y a última hora del día. ¿Podría ser a primera hora de la mañana en los centros de Primaria? ¿No se rendiría más? ¿Podría ser en las horas de no docencia de los institutos? ¿O en las horas de mediodía como se realiza en muchas zonas rurales? ¿En semanas de reciclaje que reúnan a docentes «punteros» con verdaderas inquietudes, como se realiza con los asesores de los CPRs?... ¿No sería esto motivante para mejorar la calidad de la enseñanza?

En definitiva, necesitamos una formación de calidad que sea motivante en sí misma, ajustada a las necesidades y diversidad de los docentes, no sólo formación para élites, ni formación con calzador.

